

Sergio Pitol

Schveik

En la escena inicial de *Las aventuras del buen soldado Schveik durante la guerra mundial*, su autor, Jaroslav Hasek, coloca al protagonista en el centro mismo de la historia, la de su país, Bohemia, que en ese momento converge con un capítulo fundamental de la historia europea y la del mundo entero. Ese ingrediente no desaparecerá del todo en las distintas novelas que integran la crónica antiheroica de Hasek, si bien es cierto que muy pronto la historia perderá las mayúsculas, se irá desdibujando para paulatinamente convertirse en un vago telón de fondo frente al que se desarrolla un buen número de acciones desorbitadas y grotescas cuyos protagonistas son el pobre soldado que da título al libro y algunos de sus amigos de taberna y compañeros de armas, todos ellos renuentes a cualquier aspiración de grandeza y de prestigio posibles. A medida que avanza el relato las características nacionales pierden importancia y se va bosquejando una trama menos individual y más abstracta, la del absurdo que rige la extensa gama de relaciones de poder creadas por la sociedad, y, en última instancia, la del desamparo del hombre minúsculo, ese que en las novelas es tan sólo una infinitesimal porción de muchedumbre, comparsa fácilmente intercambiable, el cual, paradójicamente, las más de las veces ni siquiera es consciente de su desamparo. *Las aventuras del buen soldado Schveik durante la guerra mundial* muestran cómo ese ser candoroso e irreductiblemente anárquico, se ve de pronto atrapado por una maquinaria de poder en apariencia perfecta y describe los recursos de ingenio que es capaz de

generar para impedir ser destruido por fuerzas que nunca logrará, ni le interesará, comprender.

La imagen del soldado Schweik al debatirse en los más complejos meandros del universo militar y judicial hace pensar sobre todo en una iconografía nacida con el cine, en el Chaplin de los primeros cortometrajes o en el joven Buster Keaton, modernas encarnaciones de ese "hombre natural" ideado por la mente iluminista, asombrado pero jamás amedrentado, que transitara con la más sorprendente naturalidad los puentes y corredores de alguna de esas agobiantes y retorcidas prisiones del Piranesi. Podría pensarse también en una nueva recreación de Sancho, quien, con argucias propias de Arlequín, recorriera las distintas instancias del proceso instruido en contra del praguense Josef K. Para semejantes protagonistas, el desamparo, la falta de asideros, proporcionan una libertad que el hombre fuerte sería incapaz de concebir. Ante ellos el mundo carcelario y administrativo más pérfido, más, en apariencia, inexpugnable, acabará forzosamente por desvincularse y estallar. Los Schweiks son los más perfectos sepulcros de todos los imperios. Obcecados y a la vez despreocupados, son las termitas voraces, las tuzas implacables, las bombas de tiempo preparadas para acabar con cualquier sistema que se conciba como monolítico, riguroso y unívoco. Como el Gólem, tienen la vitalidad de lo impreciso, de lo inacabado. Son desagradables, son vulgares, son, sobre todo, indestructibles. Igual que las salamandras, lograrán sobrevivir a todos los desastres.

El párrafo que abre la novela de Hasek comienza con las siguientes palabras: "¡Bueno, nos han matado a Fernando!", pronunciadas por Müllerova, una casera de miserables cuartos de alquiler, ante Schweik, su inquilino, un vendedor de perros ambulante. La acción es en Praga. El autor precisa de inmediato que se trata de un individuo a quien una comisión médica militar había ya calificado como "definitivamente imbécil". Hablan nada menos que del heredero al trono del imperio austrohúngaro, el archiduque Fernando de Habsburgo. A partir de ese momento se establece un diálogo de sordos entre la heráldica y el ras de tierra.

Müllerova trata de situarse en la rama más alta de la dinastía imperial, su inquilino de reducirla a ciertos niveles más bien canallescos de la existencia. Triunfará Schveik, y aunque la novela trate de la decadencia y caída del imperio habsbúrguico, será ya, desde el principio y para siempre, una crónica de los sectores más desordenados, los más reacios a la perfección, que contiene toda sociedad. Una crónica que se solaza en su plebeyez, en la carencia de cualidades, en la suciedad corporal, y, a su debido tiempo, en la coprofilia.

Schveik, sin dejar de frotar un bálsamo antirreumático en sus rodillas, hace la pregunta que se le ocurriría a cualquiera al oír el nombre de pila de alguien que ha sido asesinado: “¿Qué Fernando es éste?”, para añadir, antes de que su interlocutora pudiera responder a su pregunta que él conocía a dos Fernandos, uno el sirviente de Prusa, el farmacéutico, el cual en una ocasión se había bebido por error una botella de loción para el cabello, el otro, Fernando Kokoska, quien recogía excremento de perros en las calles. “En ambos casos”, concluye, “le puedo asegurar que el mundo no ha perdido gran cosa”.

Ya desde ese inicio el lenguaje fluye de la boca del protagonista de manera irrefrenable y chabacana. Apenas Schveik toma la palabra se manifiesta en él la más desafortunada verborrea. Su discurso adopta una textura demencial sólo comparable a la de esas confusas conversaciones alcohólicas que tienen lugar de madrugada en las tabernas. Cuenta, por ejemplo, cómo hacía poco un parroquiano había afirmado en una cervecería que llegaría un día en que todos los emperadores del mundo caerían uno tras otro por los suelos, insistiendo en el hecho de que aunque el fiscal quisiera salvarlos no lo lograría, pero que más tarde, como ese señor no consumía nada, el tabernero se había visto precisado a mandarlo a arrestar, y que el tipo había respondido con una bofetada al tabernero y dos al guardia. Añade que después le habían dado un paseo en el carro patrulla para que recobrará el conocimiento, y cuando ya el lector comienza a sentirse mareado, sin saber a qué viene aquel chubasco de bofetones, ni quiénes los

dan y quiénes los reciben, ni por qué motivo se producen, Schweik vuelve de pronto a la muerte del príncipe heredero, incidente seguramente el más comentado en esos momentos en todos los confines del imperio. ¡Sólo que la manera en que expone sus reflexiones es en extremo peculiar!: “Sí, señora Müllerova, ¡sucede hoy cada cosa! Le aseguro que para Austria se trata de una pérdida irreparable. Cuando yo estaba en el ejército un soldado mató a un capitán. Cargó el fusil y se dirigió a la oficina. Le dijeron que no tenía nada que hacer allí, pero él se mantuvo en sus trece, alegando que debía hablar con el capitán, y en cuanto éste salió, cogió el fusil y le disparó directamente al corazón. La bala salió por la espalda, y, lo que es peor, causó graves daños en la oficina. Rompió un frasco de tinta que manchó las actas”. Al igual que nosotros, la señora Müllerova se encuentra ya por entero perdida. Permanece durante un rato pensativa, nos dice Hasek, tratando de comprender la historia para después, imprudentemente, preguntarle a su inquilino por el destino de aquel soldado. El vendedor ambulante de perros responde al instante, mientras limpia con la manga de su chaqueta un sombrero hongo: “Se ahorcó con un par de tirantes, que ni siquiera eran suyos. Se los pidió prestados al carcelero con el pretexto de que se le caían los pantalones. ¿Debía, acaso, esperar a que lo fusilaran? Usted sabe, señora Müllerova, en semejantes ocasiones la cabeza le da vueltas a cualquiera. Ésa fue la razón por la que degradaron al carcelero y le cargaron con seis meses de prisión. Pena que no cumplió, pues huyó a tiempo a Suiza, donde hoy ejerce como predicador en una iglesia protestante. Hoy día no abundan las personas honestas, señora Müllerova”. Y, de pronto, después de tan excesivos e innecesarios circunloquios, vuelve a rozar el tema: “Me imagino que también en Sarajevo el archiduque Fernando se equivocó con el hombre que le dio muerte. Vio a un señor de pie, y pensó: Debe de ser una persona honesta, puesto que ha venido a vitorearme. Y entretanto ese señor lo mató”.

En ese inicio sin grandeza, abrumado por la incontinencia verbal del personaje, encontramos algunos elementos fundamentales

del relato de Hasek. La historia se degrada hasta convertirse en un trivial rosario de anécdotas carentes de sentido. El asesinato del heredero al trono austriaco constituye uno de los acontecimientos más cargados de consecuencias de nuestro siglo, aunque entonces fueran aún imprevisibles. El disparo que acabó con la vida del archiduque marca el inicio de la primera guerra mundial, acontecimiento que cambiaría el panorama político de Europa, y, a mediano o largo plazo, del mundo. El derrumbe del imperio daría lugar al nacimiento de una nueva serie de estados nacionales. En el interior del otro gran imperio de la Europa continental se operaría una transformación de las estructuras sociales, políticas y económicas para implantar otras que hasta entonces se habían considerado siempre con un estremecimiento utópico. Se moverían fronteras por doquier. Se haría una nueva distribución de territorios coloniales y de zonas de influencia. Para Schveik, el asesinato de Fernando de Habsburgo no alcanza sino las proporciones que hubiera podido tener la defunción del sirviente del boticario Prusa, aquel imbécil que por equivocación se bebió una loción capilar, o la de Kokoska, el recogedor de excrementos caninos de las calles de Praga.

Esa fusión de ciertos momentos de trascendencia histórica con los residuos más banales de la vida cotidiana se va a convertir en uno de los distintivos de la mejor narrativa checa contemporánea. En las novelas que componen la tetralogía de Schveik: *En la retaguardia*, *En el frente*, *La gran zurra* y *Final de la gran zurra*, el ensamblaje del Gran Momento con la burbuja que por su evanescencia parecería constituir la negación misma de la historia, o, por lo menos, de sus himnos, penachos y oropeles, se convierte en la materia misma del relato. El tono de algunos soliloquios del protagonista se asemeja al delirio de un ebrio que todo lo recuerda para confundirlo todo. Hasek nos ofrece la vislumbre de un mundo al revés, donde los mecanismos de la comedia humana se revisten con los atavíos del carnaval, y donde trama y lenguaje constituyen una unidad ejemplar con un marcado dejo rabelaisiano.

Angelo Maria Ripellino considera que *Las aventuras del buen soldado Schveik* es una obra que pertenece a la tradición de la literatura habsbúrguica. "Aunque sea con aspereza y con rencor y sin un hilo de pesar, expresa la agonía de un imperio, la *Finis Austriae*, el ocaso de Kakanía, de aquella —como decía Musil— nación incomprendida y hoy desaparecida que en tantas cosas fue un modelo no lo suficientemente apreciado".¹ El libro de Hasek, en efecto, no transluce la menor simpatía por el mundo habsbúrguico ni por ninguno de sus mitos. No se solaza en la extrema complejidad de una cultura en vías de oscurecerse como lo hace Musil en *El hombre sin atributos*, ni en las heroicas gestas militares consideradas durante siglos como el más valioso sustento de esa doble monarquía —real e imperial— como ocurre en las novelas de Lerner-Holenia, ni en la amarga y melancólica memoria de su gradual disolución, como en *La marcha de Radetzky*, de Joseph Roth, o en el *pathos* delirante con que Andrzej Kusniewicz, uno de los últimos cantores de ese inmenso derrumbe, un polaco de las regiones orientales, un habitante de Galitzia, quien en *El rey de las dos Sicilias* y *La lección de lengua muerta*, describe los estremecimientos y estertores de la agonía final. Hasek no siente la menor nostalgia por ese mundo derrotado y en vías de desaparición. Las noticias que tenemos del personaje dan testimonio de su desdén por todo lo referente a aquella entidad política, a su cultura, sus usos y costumbres, su religión. Detestó, sobre todo, los mecanismos judiciales y administrativos en cuyo laberinto Schveik, igual que los personajes de Kafka, sus contemporáneos, tropieza sin cesar, como si ejemplificaran el hecho de que nadie, estuviera donde estuviese, pudiera escapar definitivamente de sus tentáculos.

Abunda en *Las aventuras del buen soldado Schveik* el humor. Si en el primer encuentro resulta amable, va agriándose, transformándose en algo brutal a medida que el relato se mueve. Antes

¹ Angelo Maria Ripellino. *Praga Magica*, Turín: Giulio Einaudi Editore, 1973, p.306.

de la edición definitiva de la novela, Hasek había escrito dos cuentos donde aparecía ya el mismo personaje protagónico: *El soldado Schveik marcha hacia Italia*, de 1911, y *El buen soldado Schveik en cautiverio*, escrito y publicado en Kiev, en 1917. La serie definitiva se inicia en 1921 con la publicación en Praga de *Schveik en la retaguardia*. Entre esa fecha y 1923, año de la muerte, de Jaroslav Hasek, aparecieron las otras aventuras de Schveik: *En el frente*, *La gran zurra* y *La continuación de la gran zurra*, esta última inconclusa. El humor se ofrece con mayor abundancia en la novela inicial y en la primera mitad de la segunda. Se trata de un humor cuartelario y maligno, pero también rotundo y directo. Surgido más del vientre que del intelecto. Ligado más a la cultura popular que a las capas cultivadas de Bohemia. Un humor que se propone perturbar la narración y hacerla estallar por medio de la risa y no sólo reflejarse en alguna mueca esbozada para acompañar la toma de conciencia del gran desorden que rige los destinos del mundo. El de Hasek es un humor procedente de la tierra que nunca logra ascender hacia lo alto. Un humor centrado, para usar palabras de Bajtín, en los movimientos del vientre y del trasero. Un humor donde la luz es imprescindible. El humor popular, dice el pensador ruso, tiene un carácter primaveral, matinal y auroral por excelencia: "El grotesco popular refleja el instante en que la luz *sucede* a la oscuridad y la primavera al invierno".²

Si el humor que permea y se convierte en un apoyo básico de la narración tiene ese carácter luminoso en los primeros libros de Hasek, aquellos donde Schveik se mantiene aún lejos del frente, en los últimos, a medida que el buen soldado recorre los campos de batalla, ese humor se modifica y entronca, aunque sólo sea en algunos aspectos, con la raíz romántica, presente siempre en el orbe germánico, una de cuyas características es la carencia del elemento luminoso y auroral, y donde la única luz que logra pe-

² Mijail Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento* (trad. de Julio Forcat y César Conroy), Barcelona: Barral Editores, 1971, p. 43.

netrar es la nocturna. De esa raíz violenta, blasfema y escarnecedora, se nutrió la vertiente más poderosa del expresionismo alemán, surgido durante o inmediatamente después de la guerra. El mundo de Hasek coincide en cierto momento con la visión de George Grosz, de Otto Dix, del Kokoschka temprano. Según Wolfgang Kayser la esencia del grotesco expresionista alemán está compuesta por algo extraño, hostil e inhumano. "Su tono es lúgubre, terrible y angustioso".³ Ha desaparecido el carácter alegre y luminoso. Los soldados en los campos de batalla no tienen más que un valor fecal. Los hombres marchan, defecan, matan, vuelven a defecar y al final mueren, a veces aun mientras defecan. La guerra aparece como su escenario desolado azotado por los vientos más ásperos, o bien se reduce a una sórdida riña de borrachos que podría tener lugar en una de tantas cervecerías de la ciudad vieja de Praga donde Hasek pasó la mayor parte de su vida. Las aventuras y reflexiones del personaje delirante que es Schveik, el comerciante de perros transformado en soldado, se resuelven a través de la risa. Ya que el miedo "no es sino la expresión exagerada de una seriedad unilateral y estúpida que durante el carnaval resulta siempre vencida por la risa".⁴ Alexander Herzen señala el carácter revolucionario de la risa. "La risa de Voltaire", dice, "destruyó las lágrimas de Rousseau [...] Nadie se ríe en la iglesia, en el palacio real, en la guerra, ni ante el jefe de la oficina, el comisario de policía o el administrador alemán. Los sirvientes domésticos no pueden reírse en presencia del amo, sólo quienes son de la misma condición ríen entre sí [...] Reírse del buey Apis es convertir al animal sagrado en un toro vulgar".⁵

Victor Hugo señalaba que el carácter grotesco de una obra era un indicio indudable de genialidad y que los grandes genios de la literatura se distinguían por incurrir en lo que los escritores me-

³ Mijail Bajtín, obra citada, p. 48.

⁴ Mijail Bajtín, obra citada, p. 48.

⁵ Alexander Herzen, *My past and Thoughts*, (trad. al inglés de Constance Garnett), Londres: Chatto & Windus Publishers, 1924. Volumen III, p.304.

dioces evitaban: el exceso y la desmesura. El humor de Hasek no evita ningún extremo. Se solaza en su carencia de límites.

La literatura es un campo en que el humor aparece a menudo aliado a las grandes catástrofes causadas o sufridas por el hombre. Cada época hace escarnio de temas que el pasado ha tratado con admiración reverencial. Shakespeare se ríe de las nociones de heroísmo encerradas en los poemas homéricos, demuele el *epos* y trata el tema como si aquel inmenso acarreo de tropas llegadas de todos los confines helénicos hasta los muros de Troya y aquellos incesantes combates donde morir significaba un acto de honor en obediencia a severos mandatos pronunciados por dioses, sacerdotes o capitanes, fueran tan sólo el acompañamiento escénico necesario para enmarcar un sordido conflicto marital entre una puta y un cornudo. En *Troilo y Cressida* Shakespeare hace aparecer en funciones de coro a dos personajes tan lúcidos como despreciables, el griego Tersites y el troyano Pándaro. Sus comentarios sobre la guerra y sus caudillos se vuelven invectivas feroces. Un humor negrísimo corroe todas las escenas. Hay humor, sí, ¡cómo negarlo! Sólo que se trata de algo incompatible con aquel que produce la risa alegre. La conexión entre ese humor y la risa parecería conformar una especie de oxímoron. Lo mismo sucede en las fábulas de Swift, en las novelas de Beckett, en casi todo el teatro del absurdo. La lectura se acompaña de una mueca que más bien es caricatura de la risa. El humor de Jaroslav Hasek corresponde a ese género.

Si volvemos al párrafo inicial de la novela advertimos que Schveik no pretende reírse del archiduque asesinado. Sin embargo, el efecto cómico se produce de todas maneras gracias a la familiaridad con que aquella modestísima pareja, el vendedor de perros y su casera, hablan del malogrado heredero de uno de los tronos más codiciados del mundo, llamándolo confianzudamente por su nombre de pila, y, sobre todo, por la confusión que Schveik introduce de inmediato entre el archiduque de Habsburgo y otros Fernandos. ¡El delfín del trono imperial confundido con un sirviente cuya imbecilidad puso ya una vez en peligro su

vida! ¡Peor aún, Fernando, el máspreciado brote de la casa de Habsburgo, comparado con un palafrenero que se ocupa en recoger excrementos por las calles de Praga! Unas cuantas líneas le bastaron a Hasek para desacralizar el Olimpo. El divino Apis se transformó de pronto en el toro más vulgar de un establo cualquiera.

En la amplia geograffa recorrida por Schveik, por donde deambula después del asesinato perpetrado en Sarajevo, es decir durante los preparativos de la acción punitiva contra Servia y la posterior marcha hacia el frente, no tropezaremos con nadie que haya sido amasado con la noble materia de la que están hechos los héroes. La vasta humanidad que puebla las páginas de esta novela, tanto los oficiales que dirigen las operaciones militares como la multitud que marcha hambrienta y beoda hacia la muerte, no está señalada por nada que pudiera parecerse al aliento épico. El horizonte se puebla de hombres semejantes a cerdos, gritos inarticulados, blasfemias, detenciones y castigos corporales a granel, carencias de todo tipo, insensatez, rapiña, incesantes transferencias de una oficina a otra, de una prisión a una comisión militar, del hospital al manicomio. En medio de la confusión más absoluta se deja oír la infatigable vocecita de Schveik sin permitir que la ahoguen el estruendo y la locura. ¡Qué razonable llega a parecer de pronto esa voz personal en su intento de sobrevivir a la hecatombe! En un mundo que ha perdido la razón y marcha de cabeza, los incongruentes recuerdos de Schveik, las mil absurdas anécdotas que detalladamente desgrana con la verborrea irrefrenable que le hemos conocido desde su primera aparición parecen aproximarse casi a la cordura.

Tan pronto como la guerra ha sido declarada, Schveik manifiesta su adhesión al Emperador y se presenta como voluntario en una oficina de reclutamiento militar. Aquel insólito gesto es suficiente para que de inmediato el entusiasta vendedor ambulante de perros sea nuevamente declarado por las autoridades como deficiente mental y elemento peligroso. Por esa razón lo vemos en los siguientes capítulos recorrer las más variadas dependencias

oficiales hasta ser designado como ordenanza de un sacerdote militar y más tarde de un oficial que lo arrastra hasta el frente. Durante esa agitada peregrinación el autor mantiene ante su creatura una actitud de permanente ambigüedad. ¿Es Schveik ese "imbécil oficialmente reconocido como tal", como a él mismo le gusta presentarse, un auténtico deficiente mental, o se trata sólo de un hábil simulador, de un bribón redomado, de un pillo socarrón que logra engañar todo el tiempo a las autoridades? Los más grandes disparates emitidos por él van acompañados siempre de una mirada angelical y una expresión de absoluta pureza. La duda nunca se resuelve. La ambigüedad es constante. Uno de los grandes aciertos de Hasek es no permitir que el lector sepa a ciencia cierta quién es Schveik.

De cada uno de los pasos que marcan su recorrido tribunalicio, Schveik hará después un cándido testimonio. Detalla con precisión las circunstancias que ha vivido. Sobre el sistema penitenciario vigente, puede expresar: "Le gritan a uno un poco, y al final lo echan de allí. En el pasado aquello era mucho peor. En una ocasión leí en un libro que en la antigüedad los acusados tenían que caminar sobre un hierro al rojo vivo y tomar plomo derretido para saber si eran o no culpables. Otras veces les ponían las botas españolas, les aplicaban el suplicio de la rueda cuando no querían confesar o les quemaban con una llama soplada por un fuelle como hicieron con San Juan Nepomuceno. Dicen que el santo rugía como si lo estuvieran desollando vivo, y que sólo se calló cuando lo arrojaron en una bolsa desde un puente de Praga. Hubo muchos casos semejantes; también los descuartizaban o empalaban en un lugar cercano a donde hoy día se encuentra el museo. Cuando sólo los echaban a una mazmorra a morir de hambre, los prisioneros se sentían renacer. En la actualidad la cárcel es una broma, no hay descuartizamientos ni botas españolas. Al contrario, contamos allí con un lecho, una mesa y un banco, no nos apretujamos entre nosotros, recibimos sopa, nos dan pan, traen jarras de agua y el retrete lo tenemos debajo de las mismas narices. Todo eso es un signo indudable de progreso. Es

cierto que para ir a los interrogatorios hay que caminar un poco, atravesar tres corredores y subir todavía un piso, pero, en cambio, los corredores están limpios y animados. Llevan a un prisionero, traen a otro, y uno se encuentra allí con gente de toda especie: jóvenes, viejos, personas del sexo masculino y del femenino. Y uno se siente alegre, pensando que, por lo menos, no está solo. Cada cual sigue tranquilamente su camino y nadie teme que le digan al terminar el interrogatorio: 'Bueno, ya hemos obtenido toda la información que nos hacía falta; mañana será descuartizado o quemado, como usted prefiera'. Esa debe ser seguramente una elección muy difícil, y yo pienso, señores, que muchos de ustedes, en semejante momento se volverían locos. Así es, hoy día las cosas han cambiado para nuestro bien."

En un artículo del *Corriere della Sera*, de finales de 1987, sobre las perspectivas políticas que en aquel momento se vislumbraban en Checoslovaquia, su autor recogió opiniones de varios escritores y artistas. Se habían comenzado a producir cambios importantes en el Este de Europa. De Rusia soplaban vientos inesperadamente cálidos que parecían preludear el fin de un invierno que se había prolongado demasiado. El artículo del *Corriere* se titulaba: "En Praga predomina aún el soldado Schveik". Algunas de las voces recogidas mostraban un natural escepticismo. Uno de los entrevistados, del cual sólo sabemos que se llamaba Ludvik, comentaba: "Entre nosotros lo que abunda es el schveikismo: una creación literaria genial, pero desde el punto de vista moral una catástrofe. Checoslovaquia está llena de Schveiks: hipócritas, oportunistas, mediocres. El conformismo, el ocultamiento no conocen límites. Basta sólo con asomarse a la Unión de Escritores, esa fábrica de la literatura millonaria que se inciensa y se premia a sí misma sin cesar".⁶

Lo que entonces era difícil advertir tanto por los intelectuales como Ludvik como por los extranjeros interesados en el fenómeno

⁶ Sandro Scabello. "A Praga domina il soldato Schveik", *Corriere della Sera*, Milán, 16 de noviembre de 1987.

no checo era que la mentira oficial imperante se evidenciaba, se potenciaba, se mostraba al desnudo gracias a la labor, consciente o inconsciente, del schveikismo. Cada falsedad publicada por la prensa oficial recibía tal cantidad de elogios, aceptaciones y beneplácitos por parte de ese ejército de complacientes Schveiks, expresados en un tono del que jamás se desprendía cierto dejo impreciso de algo semejante a la parodia, que el resultado era, por contraste, la evidencia absoluta de una mentira. La afirmación oficial, al ser repetida con acento desmesurado por esas voces disparatadas se transformaba de inmediato en su caricatura. Característico de la estupidez, el cinismo, el oportunismo, o de una inteligencia hábilmente disfrazada, es el apoyo incondicional que los Schveiks proporcionan al poderoso, así como lo desvariadas, incongruentes y risibles que resultan sus apologías. En un mundo de Schveiks cualquier despropósito resulta ejemplar, un logro de los nuevos tiempos. El error se ensalza como virtud. La adjetivación laudatoria puede alcanzar niveles aberrantes. Destacar que el sistema penitenciario de una época es perfecto porque a los reos les colocan los retretes debajo de las narices, o que los corredores de las prisiones se han convertido en lugares de gran animación, donde desfilan jóvenes y viejos, hombres y mujeres, como si se tratara de una kermesse, equivale a declarar que el rey, por más que se alabe la belleza de su atavío, sigue estando desnudo, que las virtudes proclamadas oficialmente apenas logran enmascarar realidades muy turbias.

Si la cárcel fue para el protagonista de Hasek la muestra de un evidente progreso moral alcanzado por la humanidad, el manicomio podría ser considerado como una réplica perfecta del Edén. Schveik es infatigable cuando se trata de cantar el esplendor de esos pequeños paraísos:

“Nunca comprenderé por qué los locos se enojan de que los tengan encerrados en ese lugar. Uno puede arrastrarse desnudo por el suelo, aullar como un chacal, enfurecerse y morder a quien le dé la gana. Si alguien hiciera eso en la calle todo el mundo se sorprendería, pero allí la cosa resulta de lo más natural. Existe tal

libertad, que ni los socialistas se han atrevido a soñar nunca con algo parecido. Uno puede hacerse pasar por Dios Padre, por la Virgen María, el papa o el rey de Inglaterra, por el Señor Emperador o por San Wenceslao, a pesar de que a este último lo tenían desnudo y continuamente atado en una celda de castigo. Por lo general allí se vive como en el paraíso. Uno puede gemir, rugir, cantar, llorar, aullar, saltar, rezar, dar volteretas en el aire, gatear, saltar sobre un solo pie, correr en círculos, quedarse todo el día acurrucado o tratar de subir por las paredes. Nadie llegará a decirle: '¿No haga eso; lo que está usted haciendo es algo inconcebible. ¿No le da vergüenza comportarse de semejante manera? ¿Y usted pretende que se le considere como a un hombre civilizado?' Repito, los pocos días que pasé en un manicomio han sido los más felices de mi vida". La visión del manicomio no sólo es divertida, es conmovedora. En ella, Schveik materializa un anhelo de libertad que la vida en la calle le ha negado. Su único acceso a la utopía es el mundo de los locos.

A medida que las distintas novelas que narran las aventuras de Schveik fueron apareciendo, la inocencia celestial del personaje comenzó a desvanecerse, todo en torno a él pareció crisparse. Un pestilente tufo de excrementos fue saturando cada vez con mayor intensidad su entorno.

En la primera novela, *Schveik en la retaguardia*, una que otra alusión fecal contribuye a crear un regocijante tono grotesco, seguramente heredado de la vieja tradición medieval y renacentista, donde las heces, como nos enseña Bajtín, fueron siempre motivo de risa franca: un bienestar del cuerpo y un goce del espíritu. Pero en las siguientes novelas, a medida que el protagonista se acerca al frente y penetra en los campos de batalla, el humor pierde el elemento regocijante y se vuelve ríspido y crispado. Se desprende de la vieja tradición corporal y conecta, sin proponérselo, con la estética expresionista. Si el primer volumen de Hasek podía encontrar su equivalente pictórico en algunos cuadros de Brueghel, donde las costumbres populares revisten características bufonescas y rige una especie de demencia benigna, los cuadros

que servirían para ilustrar las novelas posteriores están despojados por completo de esa aura amable. Las escenas visuales que suscitan son, insisto, las que podríamos reconocer como propias de Grosz, de Dix, del joven Kokoschka. El espacio por el que Schveik transita deja de ser el dédalo administrativo y se transforma en un campo espectral donde los elementos son el fango, los excrementos y la sangre. El motivo fecal crece despojado de su gracia inicial. Schveik, un ser tosco e incompleto, un Gólem embrionario, se mueve con paso sonambúlico en ese paisaje poblado por letrinas. Los cuerpos devuelven a toda hora su materia constitutiva a la tierra. Los estrategas atribuyen tal importancia a las letrinas como si de ellas dependiera la victoria final. Con la eterna cándida sonrisa y la mirada limpia, con la ambigüedad que lo caracteriza, Schveik atraviesa esa zona de mingitorios, lavativas, diarreas, supositorios, calzones manchados y fetidez fecal. Tal vez en un momento haga la reflexión de que desde el comienzo de la guerra la zona del bajo vientre adquirió un tratamiento prioritario. Hasta en un retrato de su Majestad Imperial fueron advertidas al iniciarse la novela unas cagarrutas dejadas por las moscas. Más que el elemento militar, señala Ripellino, la guerra es para Hasek una defecación constante, un acto corporal, fango diarreico. "Inmerso en las inmundicias de la guerra, el imperio habsbúrguico se le revela al creador de Schveik como una entidad excrementicia, una región maloliente de calzoncillos sucios, de lavativas y supositorios".⁷ En suma, un Imperio que se ahoga en sus propios excrementos.

Desde la publicación en 1623 de *Laberinto del mundo y paraíso del corazón*, la novela alegórica de Jan Amos Comenius, hasta los relatos de Kafka, un personaje característico de la narrativa de Praga es el peregrino. El peregrino forzado que es Schveik comienza en un momento a despojarse de su amable bonhomía y a semejarse a un personaje trágico. Si no lo es del todo se debe a que él convierte los recuerdos de su vida anterior a la guerra en

⁷ Angelo Maria Ripellino, obra citada, p. 307.

un contrapeso necesario en la balanza, en un espacio de estabilidad indispensable. El mundo que Schveik ha conocido y que aparece constantemente en su torrente verbal es capaz de reducir de repente la brutalidad de la guerra a una mera escalada del absurdo. La voz de Schveik, pese a la incongruencia del discurso, sigue siendo una voz humana, nos recuerda que hasta hacía poco los hombres habían estado ligados por vínculos no impuestos sino nacidos de simpatías o desagradados recíprocos: hombres entre los hombres y no meros robots en uniforme.

La vida entera de Jaroslav Hasek (1883-1923) se caracterizó por su desorden sistemático. La mayor parte transcurrió en tabernas, vinaterías, bares, cabarets y cervecerías. Las anécdotas que después de su muerte han contado o escrito sus contemporáneos son variadas y contradictorias. Hay cierto grado de exaltación del aspecto legendario del personaje que hace sospechosa la veracidad de muchas de las historias que se le atribuyen. Por supuesto, algunos datos permiten autenticar con cierta precisión determinados períodos de su vida. Fue alcohólico desde muy joven. Apenas pasada la adolescencia era ya uno de los personajes famosos de la vida bohemia praguense. Recorrió a pie el país en varias ocasiones y convivió con gitanos, cazadores furtivos, maleantes y vagabundos de todo tipo. La vida libre, al margen de la ley, pareció resultarle la forma ideal de la existencia. Ese deambular por las distintas regiones del Imperio casi como un mendigo se alternaba con otros períodos de encierro en Praga, donde apenas salía de aquellos locales nocturnos que eran como su casa. Las circunstancias lo obligaron a ganarse la vida en varias ocasiones por medio del trabajo. Por supuesto, sin éxito. Poco tiempo después de haber obtenido un trabajo era invariablemente despedido. En una ocasión fue, por unos meses, jefe de redacción de la revista de la Sociedad Zoológica de Bohemia, *Mundo animal*. La vida de las especies animales le resultó demasiado previsible y confinada. Para hacerla más entretenida inventó nuevas especies, y a las ya existentes les creó características y atributos que hasta entonces nadie conocía. Las protestas no se hicieron espe-

rar. Schveik perdió el puesto para refugiarse algún tiempo en los antros bulliciosos donde transcurría su verdadera vida. En otra ocasión, fundó con algunos amigos una asociación política: el "Partido del Progreso Moderado dentro de los Límites que marca la Ley". En el marco de esa fantasmal entidad política hizo una campaña como candidato a diputado. No tuvo el menor éxito, pero sus actividades fueron ampliamente festejadas por todos los elementos marginales de Praga. Las campañas políticas del Partido, el concepto de un progreso moderado dentro de los límites legales, la insistencia en señalar la necesidad de una estricta vigilancia política por parte de las autoridades "ya que el radicalismo es nocivo al hombre y a la sociedad y que el verdadero progreso sólo puede alcanzarse en la sumisión y la obediencia", se convertían en una jocosa caricatura del régimen de restricciones impuesto a la vida pública en las distintas naciones del Imperio. Todo ello era una especie de schveikismo anterior a la existencia del propio Schveik. Al estallar la guerra, Hasek es reclutado, hecho prisionero por los rusos, enviado a Ucrania, donde se las ingenió para obtener su libertad y trabajar en la prensa de los sectores más conservadores de las minorías checas asentadas en las regiones occidentales del imperio ruso. En sus artículos políticos pugró por la anexión de Bohemia y Eslovaquia a la Rusia zarista. Sus elogios a la autocracia fueron tan desmedidos, tan demenciales como las proclamas del soldado Schveik en favor del emperador Francisco José, con lo que, igual al personaje de ficción, lograba producir un efecto paródico bastante irreverente. La revolución rusa sorprendió al monárquico Hasek en Ucrania. Al enterarse de la victoria bolchevique, cambió inmediatamente de bando. Rompió de manera radical con sus hasta entonces protectores y aliados. Colaboró en la prensa comunista y, aunque parezca inaudito, llegó a ser comisario político del ejército rojo. Con ese cargo y con las funciones de agitador ideológico volvió a Praga un par de años después de haberse instaurado la primera república en Checoslovaquia. La reaparición de aquel traidor a todas las causas fue vista con marcada desconfianza en todos los sectores.

Se movió en el vacío, hasta que poco a poco dejó de hablar de política y volvió a sus viejos hábitos de noctámbulo, de zángano y de provocador. La salud se le arruinó muy pronto. Pasó los últimos años de su vida en el campo, dedicado a escribir las aventuras del buen soldado Schveik.

Los distintos libros sobre Schveik componen una larga novela de episodios de carácter eminentemente popular. A Hasek le gustaba hablar de ella como de un libro de puro humor tabernario. Y, en efecto, *Las aventuras del buen soldado Schveik durante la segunda guerra mundial* transpira y resume la vulgaridad, la anarquía y el desenfado de la mala vida praguense. Hasek se sitúa en una tradición literaria de raíz renacentista que culmina con su contemporáneo, Alfred Jarry. Al igual que los personajes de Bocaccio, Rabelais y Jarry, Schveik se mantiene en perpetuo movimiento. Sin darse nunca tregua, recorre la selva administrativa que le impide y a la vez lo obliga a incorporarse al ejército. Lenguaje, situaciones, concepciones de vida, todo en el libro tiene una impronta de letrina, de nido de malvivientes, de alcohol mal digerido, pero también de generosidad popular. Así como durante su viacrucis Schveik no deja de moverse un solo momento, tampoco deja de hablar. No se queja, no impreca, sencillamente trata de explicarse, por medio de metáforas muy simples, lo que ocurre a su lado. Schveik no lee libros, a duras penas llega a la lectura del periódico. Su sabiduría proviene de una experiencia personal, de situaciones vividas, de las acciones de hombres y mujeres con quienes ha tropezado en la vida. A través del caudal de anécdotas que retarda la acción de la novela, se manifiesta la impunidad, la enorme tontería, el absurdo que rige los destinos humanos. A veces esos cuentecillos son muy elementales: "Pero la naturaleza humana es así —dice Schveik— El hombre va cometiendo errores y sólo la muerte lo detiene. Tal es el caso del hombre que una noche encontró un perro rabioso, medio muerto de frío, lo llevó consigo y lo metió en la cama donde dormía con su mujer. Tan pronto como el perro entró en calor comenzó a mor-

der a toda la familia, y al niño más pequeño, que estaba en la cuna, lo despedazó y devoró”.

Esas constantes digresiones no sólo tienen el efecto de diferir el cumplimiento del relato, de dilatar la acción novelesca y crear un distanciamiento hacia la narración, sino también la de poner en evidencia las contradicciones de la sociedad. Como en las novelas de Kafka, la vida aparece como un mero tránsito por las múltiples etapas de un proceso sin fin. Sólo que lo que hay de angustia y gravedad metafísica en el autor de *El castillo* en Hasek se resuelve en una crueldad a flor de piel que siempre termina en bromas, en un surtidor de locuacidad y fanfarronería. A veces sus digresiones adquieren una complejidad que intensifica lo absurdo del relato, sobre todo aquellas que tienen relación con la administración de la justicia:

“Nunca debe uno perder la esperanza, como decía el gitano Janacek, de Pilzen, cuando en 1889 le pusieron la soga al cuello acusado de ser el autor de un doble asesinato y un robo, y en efecto acertó porque en el último instante se salvó de la horca, pues no podían colgarlo el día del natalicio del Emperador, que coincidía precisamente con la fecha en que debían ahorcarlo. Así que sólo pudo ser ejecutado al día siguiente, cuando ya el natalicio había pasado, y aquel bribón tuvo la suerte de que al tercer día le llegara el indulto, porque todo señalaba que el culpable era otro tipo también llamado Janacek. Así que tuvieron que desenterrarlo del cementerio del penal y sepultarlo en el cementerio católico de Pilzen, de donde también debieron exhumarlo, ya que de alguna manera descubrieron que el tal Janacek era evangelista”.

La crítica checa mostró durante varios años las más firmes reservas ante la obra de Hasek. El éxito en el extranjero cambió su destino. Una vez más, la mano prodigiosa de Max Brod decidió la suerte de un autor. De la misma manera que con Kafka, cuyas novelas publicó en contra de las instrucciones del autor, y a quien estudió ampliamente hasta convertirlo en uno de los escritores fundamentales de nuestro tiempo, o con Leos Janacek, cu-

yos libretos tradujo al alemán para que sus óperas pudieran ser cantadas fuera de Checoslovaquia, cuando llegó la ocasión se colocó también al lado de la obra de Hasek. Tradujo al alemán *Las aventuras del buen soldado Schveik durante la guerra mundial* y publicó el primer texto crítico sobre el libro en lengua alemana. El libro fue leído vorazmente por la crítica antibélica que contenía. El recuerdo siniestro de la guerra hizo que los públicos más diversos cristalizaran en Schveik su rechazo a las desventuras recién vividas. No hubo que esperar mucho tiempo para que la fama comenzara a permear los círculos reticentes de la nueva república que se negaba a admitir la importancia de aquella novela de humor cuartelario escrita con el mayor de los descuidos por un autor ajeno a los círculos intelectuales del país y, además, desprestigiado en todos los terrenos. A lo largo de los años, extrañamente, la novela de Hasek se convertiría en el primer clásico contemporáneo en lengua checa y Schveik en uno de los símbolos de la nación.